

Pacita: una vida con mi padre

Francisca Palacios

Los caminos de la literatura y la lectura son bellos y, sobre todo, misteriosos. Hago talleres de lectura tres veces a la semana y el año 2022, en medio de estos caminos misteriosos llegó hace cuatro años al taller de los lunes la Pacita.

Me tomó un tiempo acostumbrarme a tener sentada en el sofá de la casa de mi mamá, que es donde hago los talleres, a la hija de don Manuel Rojas. Manuel Rojas es para mí, junto con Violeta Parra, uno de esos autores que te marcan la vida con su visión de mundo. Un autor del que he recibido enseñanzas profundas y determinantes, que ha tenido consecuencias concretas en aspectos importantes de mi vida. Con él aprendí y comprendí el sentido auténtico y profundo del anarquismo, palabra que asusta cuando uno la menciona, pero que en la obra del autor se define por su profunda relación con el potencial del ser humano, con su talento, con el invaluable sello personal y único en el oficio, sea cual sea, y la libertad que otorga al individuo ese quehacer que es de cada uno, que no se puede arrebatar y que se puede ejercer aquí y en la quebrá del ají. Sus cuentos y novelas me conmovieron siempre por esa centralidad del ser humano, la fraternidad, la solidaridad, el humor, la comunidad. Ante todo y en medio de todo.

Definitivamente, era una especie de milagro para mí tener sentada a mi lado a la Pacita. Y esa sensación aumentó al conocerla. Una mujer sencilla, sobria, totalmente quitada de bulla, leída y con una memoria impresionante (varias veces nos ha recitado de memoria versos de Nicolás Guillén y de Jorge Manríquez, entre otros). Cálida y generosa para compartir sus vivencias, muchas y extraordinarias, y también su sabiduría como psiquiatra y sus memorias.

Los misterios literarios llegaron a su clímax cuando me pidió, hace algún tiempo, que presentara este libro. Es un libro de memorias. Memorias de todo tipo, todas en torno al padre. Y con el elemento entrañable y subjetivo propio de las memorias, que ameniza el relato y le otorgan sazón, humanidad y particularidad.

He intentado ahora, casi al final de mis días, escribir los recuerdos que tengo de la vida junto a mi padre, el escritor Manuel Rojas. Era un anhelo antiguo, lleno de amistad y afecto. Las evocaciones que tengo de mi vida junto a él son nítidas, casi transparentes, y aspiraré a recordarlas en el espacio de los años que vivimos juntos. [...]

Recuerdo que mi padre me tomaba de las manos y me subía sobre sus enormes zapatos para caminar conmigo por toda la casa. No sé cuánto rato pasaba; para mí era un tiempo infinito y feliz. Eran mis primeros pasos por el mundo, su mundo.

Esta imagen me impresionó, la descripción de Manuel Rojas coincide cien por ciento con la imagen que tengo yo: un titán, un gigante estoico y sólido.

Me impresionó también ver plasmada la idea profunda de humanidad y fraternidad de las obras de Manuel Rojas en el estilo de vida de su familia, en la cual siempre tuvieron cabida los necesitados, sin mayores complicaciones ni obstáculos, de manera natural:

De Los Andes también eran Ester («Estercita») y Emita López, ambas hijas huérfanas de campesinos, que se volverían nuestras segundas madres. Estercita, que trabajaría toda su vida con mi padre, no tenía aún diez años, la misma edad de mi mamá, cuando llegó a la casa de mis abuelos a pedir trabajo. Mi padre la rememora en su novela *Mejor que el vino*.

«Como la del Antiguo Testamento, esta Ester es huérfana. Su padre, un arriero cordillerano, montó un día en su macho, dio un silbido a las mulas, hizo un gesto a su mujer y a sus dos hijas, que lo miraban desde la puerta del rancho en que vivían, y desapareció hacia las montañas, camino de río Colorado, Juncal, el Valle de las Calaveras, Caracoles y la cumbre. No volvió más ni se supo más de él, de sus mulas ni de su macho; y su mujer, al poco tiempo, desapareció también, no hacia las montañas, en busca de su hombre, sino hacia el pequeño cementerio del pueblo, en busca de paz [...]. Sabían hacer de todo, y Ester, durante cerca de veinte años, amasó pan, barrió, hizo las camas, crió todos los niños que nacieron, ayudó a llorar y a enterrar a los que murieron y jugó con María Luisa y con su otra hermana, todo sin que nadie tuviese que decirle: “Mira, no hiciste eso; hazlo ahora mismo”, no, pues ella lo hacía sin que nadie se lo dijese».

La escritura de Paz es reposada, reflexiva, coloquial y amena. Revela una sensibilidad profunda, una mirada atenta de todos y todo. Sus memorias avanzan por sus años de infancia, marcados por la muerte de su madre a los tres años.

Después supe que mi madre había muerto al amanecer, de una simple bronconeumonía. En ese tiempo no había antibióticos. Al día siguiente, mi hermano y yo estamos trepados a un árbol, como siempre. Mi padre se acerca y levanta sus manos para hacernos bajar. Hasta hoy recuerdo su cara, la expresión de tristeza y sus ojos llenos de lágrimas. [...]

Nos vistieron y nos llevaron fuera de la casa. Al volver, quedé impresionada: el antejardín estaba lleno de flores. Al ver el ataúd creí que era un piano. Cuando me acerqué a él, unas manos me levantaron. Entonces vi el hermoso rostro de mi madre inmóvil. Tenía sangre en los labios. En ese momento oí a mi padre recriminando a quien me había levantado. No sé quién sería.

Me sorprendió mucho leer los pasajes de esta etapa, Manuel Rojas viudo con tres hijos pequeños a fines de los años 30 y cómo era de papá: un fenómeno para la época. Un padre cercano, involucrado con sus hijos, no de arrumacos ni mimos, pero muy presente y atento. Gran conversador, nunca dirigiendo ni obligando, siempre respetuoso de la opinión del otro, preguntando, escuchando. Y enseñando, proponiendo. Abriendo mundos a través de la lectura, la naturaleza y el contacto con los demás:

Un recuerdo inolvidable que traía cada fin de mes: Manuel nos llamaba a su pieza y nos contaba que le habían pagado. Iba sacando entonces los billetes del bolsillo mientras nos preguntaba qué haríamos con la plata de ese mes. Nos recuerdo rodeándolo tendidos en el suelo mientras lanzaba billetes al aire y decía: «¡Este mes zapatos para Genita!» o «¡un pantalón para Papipo (Patricio)!». La escena quedó grabada en nuestras mentes, nos mostraba el verdadero valor que el dinero tenía para él, más aún en tiempos de escasez, y el mensaje que nos transmitía. [...]

Él nunca se opuso a que fuera a misa; respetaba nuestra individualidad y esperaba que nosotros nos hiciéramos responsables de nuestras decisiones. [...]

Durante esa época Manuel se dedicó a hacer nudos marinos. Compró un tablero y en él puso los nudos. Los había elaborado en silencio, muy concentrado. Finalmente, ubicó el tablero al costado del insectario. Tardaríamos años en conocer las profundas reflexiones que lo invadían, al momento de hacer los nudos. También se hizo una lámpara en un chuico de vino. Demoró mucho en perforarlo para pasar el cable. Recuerdo que incluso compró binoculares para mirar el cielo. Nos enseñó el nombre de las constelaciones. Con el tiempo nos transformaríamos en expertos.

A través de su escritura nos va apareciendo el Chile y el Santiago de los años 30 y 40, algunos pasajes son verdaderas crónicas urbanas, memorias de espacios, barrios,

costumbres y visiones de mundo, un completo retrato de una época. De su hogar en la calle Matucana, por ejemplo:

Los años que vivimos allí fueron felices. Yo dormía en una pieza con Manuel; mis hermanos, con Estercita, en otra. La ventana de nuestra pieza daba a calle Matucana. Al frente había un conventillo. Todos los sábados llegaba un camión, era una cuadrilla de sanidad, como me había dicho Manuel. A través de la ventana veía como sacaban a la calle a hombres, mujeres y niños –algunos lloraban–, les quitaban sus escasas ropas y desnudos los rociaban con mangueras. Era un espectáculo aterrador y triste que nunca olvidé. Lo curioso es que mi padre, viendo mi sufrimiento, no impidió que mirara por la ventana. Creo que ese recuerdo hizo que más tarde decidiera estudiar medicina.

Y de los paseos junto a Manuel por Santiago y sus alrededores:

Casi todos los días domingo, cuando no íbamos a la cordillera, mi padre nos llevaba a la Quinta Normal. Había fabricado una caja para mariposas. Buscábamos felices la mariposa color naranja que él quería que cazáramos. A veces corríamos tras ella, pero nunca lográbamos atraparla. En el escritorio de la casa había un insectario que fuimos llenando, poco a poco, con lo que encontrábamos en la cordillera o en la Quinta Normal.

Y del padre siempre atento y activo respecto al acontecer nacional e internacional, y siempre comentando, conversando (es una palabra que se repite a lo largo de estas memorias), interesado en el pensamiento de los demás, empezando por sus hijos:

Manuel seguía con detalle lo que pasaba en Europa y en el resto del mundo en guerra. Un día nos dijo que iría a Valparaíso a esperar un barco que traía refugiados españoles. Era el Winnipeg. Nos contó a su regreso cómo, a medida que desembarcaban hombres, mujeres e incluso niños, iban siendo recibidos con música y aplausos. Había viajado de vuelta con ellos en tren a Santiago y en cada estación había gente esperándolos con flores y cantos. Rápidamente se haría amigo de muchos de ellos. [...]

Manuel no hablaba mucho. Prefería escuchar lo que conversábamos. A menudo nos proponía caminatas. Caminar con Manuel era ver lo que no veíamos: cada árbol, piedra y flor tenían para él un significado. Los paseos, en las tardes, hasta el río Maipo son recuerdos inolvidables.

Y aparecen también lo que yo llamo las «joyitas», a las que Pacita, en el taller, nos tiene acostumbradas, con su generosidad característica. Anécdotas personales de don Manuel, de las que jamás en la vida nos hubiéramos enterado si no fuera por ella. Escenas encantadoras y reveladoras de la personalidad de Manuel Rojas:

Un día le conté a mi padre que del colegio nos llevaban a veces a las poblaciones. A pesar de que juntábamos diversos artículos para donar, pensábamos que debíamos hacer algo más por los niños de esos lugares. Con él y dos de mis compañeros, Alberto («el Pelusa») Requena y Alcayaga, tuvimos la idea de hacer un teatro de títeres para llevarlo en la próxima visita. Mi padre se entusiasmó con la idea, nos hizo un teatro y nos enseñó a hacer los títeres.

Valerita invitaba los fines de semana a González Vera y a algunas personas de su familia: a su madre, doña Elena («Elitamá») Edwards, a sus primos Ernesto Edwards y Alicia Risopatrón, a su hermana Carmen («Gigi») y un tiempo después a Hortensia («la Tencha») Bussi, casada con Salvador Allende. González Vera, el primero en llegar, se sentaba siempre en el mismo lugar, junto a una mesita con su infaltable taza de té; cuando lo saludábamos nos tomaba una mano y por el antebrazo hacia correr sus dedos diciendo que

era un pajarito que luego volaba. Mi hermana y yo aceptábamos este ritual, en cambio Patricio decía: «¡Ya llegó el Gonza, con su lesera del pajarito!». [...]

Con mis hermanos asistíamos en silencio a la lectura que mi padre hacía sobre lo que estaba escribiendo y escuchábamos los comentarios. Lo que escribía era real. Era su vida. El círculo de familiares y amigos oía con atención. Al terminar la lectura hacían muchas preguntas. Eran reuniones llenas de interesantes opiniones. Observábamos a Manuel y lo notábamos feliz. Siempre había sido solitario, no había tenido familia, salvo su madre, doña Dorotea Sepúlveda, pero estaba ahora rodeado de afecto y cariño.

Pero si de joyitas hablamos, las más preciosas se encuentran, en mi opinión, en las cartas que Paz, de nuevo muy generosamente, comparte con los lectores. En ellas se descubre al hombre escritor, al hombre padre, al hombre enamorado, al hombre viajero, al hombre chileno. Se va configurando un retrato integral, matizado, complejo y revelador, sorprendente para los lectores, íntimo, y, repito es conmovedora la generosidad y la valentía también de Paz de compartir estas fuentes invaluable.

Cartas desde Seattle, Estados Unidos, en la que don Manuel, invitado a conferencias y clases, comparte sus impresiones respecto a la especial idiosincrasia de ese país, de manera lúcida y sorprendentemente actual:

«Desde la ventana del living se ve un paisaje estupendo, la ciudad o parte de ella con sus luces de mercurio, edificios, altas torres llenas de luces rojas, a lo lejos el distrito universitario; casi todo reflejado en el lago. En el barrio en que vivo rara vez se ve un hombre. No se ven más que niños y los hombres, cuando se ven, pasan en automóvil. Los días domingo esto parece un cementerio. Como son protestantes, en su mayoría no salen de sus casas y las mujeres y los niños se llevan cantando y dando explicaciones al Señor. Si supieras las ganas que tengo de ver uno de esos rotos y los fragantes jardineros del barrio Los Leones, un repartidor de almacén en su bicicleta, al diarero, a uno de esos roteques que se paran cerca de la calle Los Leones para aguaitar a las empleadas, que generalmente son unos gallos flacos, negritos, con un aterrador poder fecundizante. Y qué me dices de las micros Los Leones, esas micros donde dejé más de veinte años de mi vida. Hace dos o tres días atrás fuimos a la parte baja de la ciudad, donde está el centro y vimos tres o cuatro mujeres negras, mal vestidas, chasconas. Casi me acerqué a abrazarlas. ¡Qué vamos a hacer cuando se acaben los pobres!».

Cartas en las que aparece un Manuel o «Manolo», ya en el *peak* de la intimidad y sinceridad, acongojado por su situación amorosa y familiar, separado de Valerita, su mujer, y enamorado de una joven estudiante norteamericana:

«Al decir que soy culpable de esta separación —escribe—, he querido decir que me enamoré de otra mujer; si tú crees que eso es una culpa, un delito, un crimen, entonces no me escribas más.

Durante más de treinta años he sido todo lo padre que se puede ser, todo lo dueño de casa que se puede ser, todo lo abuelo que se puede ser, todo lo marido que se puede ser; y ahora, cuando estoy viejo y alguien me sonríe y me besa, porque en mi casa nadie me sonreía ni me besaba, parezco un monstruo del egoísmo...

La primavera parece que por fin está empezando; el campus universitario está precioso, cientos de árboles están floreciendo; muchos pájaros que habían invernado hacia el sur han vuelto. Yo debería estar completamente feliz, pero no lo estoy...

Muchos cariños para tu mujer, un abrazo de tu degenerado padre».

«*El culpable*».

Cartas en la que aparece su faceta de padre cercano y preocupado, con el corazón puesto en los suyos:

Querida Pachi: Por María Eugenia he sabido que estás muy bien y que el embarazo te sienta mucho. Cuánto daría por verte así. Creo que la maternidad te convertirá en una joya de mujer, ya que esa experiencia da a las mujeres como tú y como tu madre, una dulzura y ternura muy grandes, una profundidad que no todas alcanzan. Creo que no tendrás un solo niño y que alguna vez podré verte grávida. No quiero que me lo prometas.

Cartas desde varios puntos del planeta, siempre echando de menos a su Chile querido, especialmente a sus habitantes emblemáticos: los obreros, los marginales, los menos influyentes, que para él son los más queribles, y que lo «oxigenan»:

«Envíame todo por correo aéreo, rápidamente. Ayer di una charla en la Casa del Lago, un lugar precioso, que está en medio del Parque Chapultepec y al lado del Zoológico. Parece que me ofrecerán algunas charlas en la Universidad. Esta ciudad es la más linda y loca del mundo; tiene pinturas, parques, rotondas, avenidas y todo lo que quieras, además de un tránsito de casa de putas, y miles y miles de seres pobrísimos, niños con el poto al aire, niñas descalzas, conventillos, etc., etc.».

Cartas desde Cuba en las que, fascinado por el proceso revolucionario de la isla, aparece su faceta de hombre de izquierda, nunca derechamente política, como buen anarquista, sino más bien antropológica, de sentido profundo de la vida humana:

«La vida es muy agradable aquí y trabajar en un país en que se está efectuando una revolución socialista es algo que vale la pena. Si tú quisieras hacer la tentativa, te podría averiguar algo. Podrías presentarte como mecánico experto en mantenimiento de maquinaria agrícola y te pagarían regio y tendrías una espléndida casa (cobran el 10% del sueldo que uno tiene y como los que se han ido han abandonado sus casas, pues hay muchas habitaciones y buenas). La naturaleza es maravillosa, las palmeras se mueven constantemente con el viento, la cerveza siempre está helada y los cubanos bailan mozambique, un baile que han inventado ahora, muy popular».

Y desde Europa, donde señala de manera muy criolla respecto de Londres y Praga:

«Pero como los checos solo me invitaron por cinco días y se me había terminado el dinero y la vida en Praga es carísima, tuve que irme a París, donde después de cuatro días rajamos para Londres, ciudad muy bonita y llena de ingleses, casi todos pútridos, con tongo, paraguas y pantalones de rayas; fuera de que hay millares de chiquillos con el pelo casi hasta la cintura. En París hacen nata en el barrio latino. Aquí hay más, o sea en Londres, no en Kennewick, ciudad pequeño-burguesa hasta las cachas».

Observaciones muy chilenas, en las que se produce una mezcla de hombre cosmopolita y a la vez muy local, ese humor chileno tan indescifrable para el viejo mundo y que da cuenta también de su sencillez alejada de toda pose o envanecimiento. De un hombre que sabe quién es. Aparece ahí, nuevamente, según mi opinión, el titán, el gigante estoico impermeable a las modas y a la impostación. El chileno de tomo y lomo.

Ya en sus últimos años, con su amigo Salvador Allende en el poder, leemos sus reflexiones sobre la situación del país, de nuevo más antropológicas que políticas, que revelan un compromiso moral con Chile y sus habitantes, coherente siempre con su pensamiento y actuar:

«¿Qué podríamos decir al respecto de nuestro país? ¿Podríamos decir que ha alcanzado un grado apreciable de dignidad? Una parte de él, una buena parte, está luchando por salir hacia esa dignidad. Otra parte lucha para mantenerlo en la indignidad, la indignidad de la explotación, la indignidad del dominio extranjero, la indignidad en que lo han mantenido durante toda su vida. La lucha de estos días no es solo una lucha económica o social, es

más que nada una lucha moral, una lucha que lleva a la dignidad del pueblo chileno, a su liberación completa, liberación del patrón nacional y del patrón extranjero».

De vuelta en Chile, en las cartas de esos años, en que Pacita y su marido viajan a España por motivos de salud dejando a sus hijos pequeños a cargo del abuelo y la familia extendida, nuevamente contemplamos con sorpresa su faceta de hombre de familia, con un excepcional involucramiento en el día a día doméstico:

Hay un enredo respecto de la ropa que tú dices que le pongan a los niños: no hay tal ropa, porque, según Mime, tú regalaste esa ropa, de modo que tendrán que comprarle. Nadie sabe dónde puede estar esa ropita de los cabros. ¿Existe? Me dice Valeria López que la profesora le dijo que las pruebas de la clase en que está MM serán el 14, 15 y 16 de diciembre y que desde ese momento quedará libre; de modo que Mime se quedará hasta esa fecha. Mira: «beso... MaMa». «Besos, mamá». Besos, Pachi. *Manolo*.

Finalmente, con dulzura y templanza, Pacita nos narra el último día de don Manuel, enfermo de cáncer, el 11 de marzo de 1973:

En la tarde me llamaron. Manuel estaba muy decaído y hablaba muy poco. Hernán Ruiz mi colega y amigo me dijo: «Morfina, Pacita, morfina...». Me fui a la casa y después de un rato llegaron mis hermanos. Nos sentamos a su lado, permanecemos junto a él durante horas. Por momentos nos miraba y casi sonreía. Al más mínimo gesto de dolor le inyectaba morfina. A las doce de la noche me tomó la mano y me preguntó: «¿Qué estamos esperando?». «¿Qué estamos esperando para ir a los cerros, a la nieve, a ver el mar?» –pensé yo. Le contesté: «Que te duermas papá». Cerró los ojos y se durmió para siempre.

«Ir a los cerros, a la nieve, a ver el mar». Gran síntesis de Manuel Rojas. La naturaleza y sus misterios. El ser humano ligado a estos misterios. Tal como señala el autor al escribir contemplando el lago Rupanco y la extraordinaria naturaleza del sur de su Chile querido: «todo eso sobrecoge y sugiere pensamientos sobre la soledad del ser humano y su final destino».

He intentado hacer un recorrido por la inmensidad del personaje que es Manuel Rojas que se revela en estas memorias. Asimismo, espero que estas palabras animen a leer el libro de Pacita y a que cada uno descubra también a este autor en su complejidad como artista y ser humano.

Personalmente, le estoy profundamente agradecida, desde mi juventud, como lectora, como estudiante, como profesora, como ser humano. Me parece que al leer a Manuel Rojas se avanza en humanidad, en el amplio sentido de la palabra.

Y en estos últimos cuatro años en el que Pacita ha participado del taller de los lunes, se ha sumado a mi gratitud el tener a su hija como «alumna» y amiga.

Muchas gracias Pacita por tus memorias generosas.